



Publicado en "Respect Life"
1997

Un publicatio de **El Vinedo de Raquel**
www.elvinedoderaquel.org

Una Palabra Especial Para Mujeres que Han Abortado

Por: E. Joanna Angelo, MD

El Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, se dirige bondadosa y compasivamente a mujeres que han abortado, en su encíclica *Evangelium Vitae* (EV), el Evangelio de la Vida. Mientras condena el aborto como "un crimen abominable", reconoce que "la decisión de hacerse un aborto es frecuentemente trágica y dolorosa para la madre..." (EV, 58)

El Santo Padre comprende que hay muchos factores que influyen la decisión que una mujer toma cuando se ve amenazada por un embarazo inoportuno:

En la decisión sobre la muerte del niño aún no nacido, además de la madre, intervienen con frecuencia otras personas. Ante todo, puede ser culpable el padre del niño, no sólo cuando induce expresamente a la mujer al aborto, sino también cuando favorece de modo indirecto esta decisión suya al dejarla sola ante los problemas del embarazo: de esta forma se hiere mortalmente a la familia y se profana su naturaleza de comunidad de amor y su vocación de ser « santuario de la vida ». No se pueden olvidar las presiones que a veces provienen de un contexto más amplio de familiares y amigos. No raramente la mujer está sometida a presiones tan fuertes que se siente psicológicamente obligada a ceder al aborto: no hay duda de que en este caso la responsabilidad moral afecta particularmente a quienes directa o indirectamente la han forzado a abortar. (EV, 59)

El Santo Padre también responsabiliza por la tragedia del aborto a "médicos y el personal sanitario cuando ponen al servicio de la muerte la competencia adquirida para promover la vida", en "legisladores que han promovido y aprobado leyes que amparan el aborto", y, "en la medida en que haya dependido de ellos, los administradores de las estructuras sanitarias utilizadas para practicar abortos." (EV, 59)

Una responsabilidad general no menos grave [continúa Juan Pablo II] afecta tanto a los que han favorecido la difusión de una mentalidad de permisivismo sexual y de menosprecio de la maternidad, como a quienes debieron haber asegurado —y no lo han hecho— políticas familiares y sociales válidas en apoyo de las familias. (EV, 59)

"Finalmente", concluye, "no se puede minimizar el entramado de complicidades que llega a abarcar incluso a instituciones internacionales, fundaciones y asociaciones que luchan sistemáticamente por la legalización y la difusión del aborto en el mundo" (EV, 59).

La decisión de abortar, para una mujer, es tomada en un contexto de múltiples presiones personales y de la sociedad, en lo que el Papa ha llamado la rápidamente acelerada "cultura de la

muerte". Aunque la responsabilidad de la decisión del aborto no es completamente, ni siquiera quizás primariamente de ella, la mujer debe cargar con sus agobiantes consecuencias casi completamente sola por el resto de su vida. El alcance pastoral del Santo Padre para mujeres que han abortado es tiernamente compasivo, misericordioso, y esperanzador en el *Evangelio de la Vida*.

Una reflexión especial quisiera tener para vosotras, mujeres que habéis recurrido al aborto. La Iglesia sabe cuántos condicionamientos pueden haber influido en vuestra decisión, y no duda de que en muchos casos se ha tratado de una decisión dolorosa e incluso dramática. (EV, 99)

La decisión de una mujer de recurrir a un aborto, es siempre estresante, hecha bajo la presión del tiempo y generalmente envuelta en secreto y vergüenza. La mayoría de los abortos ocurren en el primer trimestre – sólo unas semanas o unos *días* después de que el médico confirme el embarazo. Las mujeres son instadas a completar el "procedimiento" rápidamente, y son erróneamente aseguradas de que lo que le van a remover no es más que "un montón de células", "algo de tejido", o un "pre-embrión". Sin embargo, todas las mujeres saben que si nada interviene en contra, en unos nueve meses ella estará cargando un niño en sus brazos.

Puede ser que ella crea que el nacimiento de este niño podría amenazar su relación con el padre del bebé, o su habilidad para completar su educación o lograr sus metas laborales. Puede ser que esté bajo intensa presión por parte del padre del bebé, de sus propios padres y de amigos para someterse a un aborto. O bien, puede ser que se encuentre sola, incapaz de compartir el secreto de su embarazo con alguien – asustada de perder la estima y el cariño que ellos le tienen, o por temor de que la reprochen o la abandonen.

Frecuentemente las mujeres acuden a realizarse un aborto claramente angustiadas, firmando entre lágrimas formularios que no leen, sintiéndose paralizadas emocionalmente y despersonalizadas. Pasan por el procedimiento como si le estuviera sucediendo a otra persona, y reproducen el discurso de la industria del aborto cuando son entrevistadas poco tiempo después: están "aliviadas"; su "problema está resuelto"; ahora pueden "seguir con su vida", como si no hubiera ocurrido nada más significativo que una extracción dental.

En los días y semanas posteriores a un aborto, la negación defensiva de la mujer puede caerse a pedazos, a medida que el dolor, el sangrado y la labilidad emocional causada por cambios hormonales le recuerdan de la agresión que sufrió su cuerpo. Es patéticamente recordada de la realidad de lo que ha sucedido – de su hijo que ha muerto de forma inoportuna y violenta – cuando se va acercando la fecha en que su bebé hubiera nacido, o cuando ve a otros niños de la edad que tendría su hijo, o en el aniversario de su aborto, o en el Día de la Madre, o por el debate omnipresente en los medios de comunicación con respecto al aborto, o al escuchar una homilía pro-vida en la iglesia. Imágenes retrospectivas del procedimiento abortivo pueden aparecer en cada visita al ginecólogo, o ser gatilladas por el sonido del aparato succionador en la consulta del dentista o la aspiradora en la casa, o al ver una película o noticia violenta en la televisión. Materiales educacionales gráficos acerca del desarrollo prenatal o del aborto tardío pueden repentinamente traer a la claridad la verdad científica de lo que ha pasado, conduciendo a sentimientos de culpa y depresión insostenibles.

Probablemente la herida aún no ha cicatrizado en vuestro interior. (EV, 99)

Mujeres que han abortado son muchas veces perseguidas por el pensamiento intrusivo de, "yo maté a mi bebé!" Pesadillas de bebés siendo succionados a pedazos por un tubo, o de encontrarse causando accidentes fatales a niños, les ocasionan temor de dormir. Imágenes

retrospectivas durante el día y pensamientos intrusivos interfieren con el trabajo, estudios, y relaciones interpersonales. Pueden también recurrir al alcohol o las drogas para lograr conciliar el sueño por las noches, o para amortiguar el dolor durante la vigilia, o entregarse a una actividad agotadora en un intento de olvidar su pena, culpa y vergüenza. Profundos sentimientos de soledad y vacío pueden conducir a atracones de comida, alternando con purgas y anorexia, o intensos esfuerzos para reparar relaciones íntimas o desarrollar apropiadamente unas nuevas, o a una insaciable necesidad de sustituir al niño perdido a cualquier costo.

Para algunas mujeres, la dolorosa herida se debe a un destrozado sentido de sí mismas. Ella puede haberse visto siempre como una buena persona – exitosa y admirada en el hogar, en la escuela y en el trabajo. Puede que nunca haya experimentado un gran fracaso, nunca haber cometido un gran error en su vida. Ella puede ser el producto de un ambiente que celebra la belleza, delgadez, logros deportivos y académicos, el éxito financiero y la autonomía personal por sobre todo lo demás. Un embarazo inoportuno puede abrumarla porque amenaza con destruir su universo, y aparentemente hacerle imposible cumplir con sus expectativas de éxito (y las expectativas que los demás tienen para ella). El aborto se presenta como una solución obvia, rápida y fácil para su “problema”. Sin embargo, el horror de lo que está pasando puede hacerse evidente incluso mientras el aborto está llevándose a cabo. Puede entrar en pánico al darse cuenta de lo que ha hecho: “¿Cómo pude haber hecho algo así?!”

La persona que ve en el espejo no es la persona que ella ha conocido. Nunca habiendo experimentado un amor incondicional, nunca habiendo tenido ninguna experiencia de fracaso o ninguna percepción de necesidad de perdón, puede ser incapaz de aceptar su ser herido como real, de perdonarse a sí misma o pedir perdón.

El concepto de un Dios bondadoso, misericordioso presentado por el Santo Padre puede ser enteramente extraño a una mujer cuyo sentido de sí misma ha sido destruido por el aborto, e inicialmente difícil de comprender y creer. Pero, si ella encuentra la personificación de este amor y estima verdaderamente cristianos, en sacerdotes, consejeros, y compañeros católicos laicos, éste puede ser el comienzo de su sanación y de una nueva etapa en su desarrollo como persona y como cristiana.

Es verdad que lo sucedido fue y sigue siendo profundamente injusto. Sin embargo, no os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza. (EV, 99)

Paradójicamente, la fuerte condena del aborto por parte del Santo Padre, es de ayuda para las mujeres que han sufrido esta tragedia en sus propias vidas:

Entre todos los delitos que el hombre puede cometer contra la vida, el aborto procurado presenta características que lo hacen particularmente grave e ignominioso... Quien se elimina es un ser humano que comienza a vivir, es decir, lo más inocente en absoluto que se pueda imaginar: jamás podrá ser considerado un agresor, y menos aún un agresor injusto! Es débil, inerte, hasta el punto de estar privado incluso de aquella mínima forma de defensa que constituye la fuerza implorante de los gemidos y del llanto del recién nacido. Se halla totalmente confiado a la protección y al cuidado de la mujer que lo lleva en su seno. Sin embargo, a veces, es precisamente ella, la madre, quien decide y pide su eliminación, e incluso la procura. (EV, 58)

Muchas mujeres son por años portadoras de estos sentimientos en su corazón, pero no encuentran a nadie que entienda su profunda pena y culpabilidad. La negación del hecho científico de que una diminuta persona – su propio hijo – fue destruido durante el procedimiento abortivo, una negación que les permitió someterse al aborto cuando éste se realizó, se ha desmoronado con el tiempo. Han sido dejadas a confrontar el horror indescriptible de lo que

realmente ha pasado y sus propia responsabilidad cada día y cada noche, tal vez por años. Los médicos les recetan pastillas para dormir y antidepresivos, o medicamentos ansiolíticos sin investigar la raíz causal de los síntomas. Enfermedades psicosomáticas, trastornos alimenticios, abuso de sustancias, relaciones interpersonales fallidas, incapacidad para concentrarse en la escuela o el trabajo, o intentos de suicidio, llevan a mujeres que han tenido un aborto a interminables consultas a profesionales de la salud y consejeros sin encontrar alivio.

Al menos *aquí* hay alguien que comprende la enormidad del problema. De hecho, la iglesia Católica es quizás la única institución que nunca ha minimizado el grave pecado que es el aborto. Y así y todo, el Papa dice "No os dejéis vencer por el desánimo y no abandonéis la esperanza". ¿Es posible que la vida continúe después de tal "crimen indescriptible"?

Antes bien, comprended lo ocurrido e interpretadlo en su verdad. Si aún no lo habéis hecho, abrid con humildad y confianza al arrepentimiento: el Padre de toda misericordia os espera para ofrecer os su perdón y su paz en el sacramento de la Reconciliación. (EV, 99)

Las mujeres que han abortado comúnmente creen que han cometido el "pecado imperdonable". Algunas se han mantenido alejadas de la Iglesia y de los Sacramentos durante toda su adultez después de un aborto en su adolescencia. Las que han escuchado acerca del castigo de la excomunión, presumen que han incurrido en él, y que es irrevocable. Algunas anhelan ir a Misa y recibir los Sacramentos, pero están convencidas de que esto nunca más será posible para ellas, y nunca siquiera se atreven a entrar a una iglesia Católica otra vez. Otras, igualmente seguras de que han sido permanentemente excluidas de recibir válidamente la Sagrada Comunión y los demás Sacramentos, mantienen una farsa de participación en éstas y otras actividades parroquiales por temor al escándalo o a la alienación por parte de su familia y amigos si no lo hicieran. Se encuentran a sí mismas hundiéndose cada vez más profundamente en la desesperación debido a la repetida recepción sacrílega de los sacramentos y a la hipocresía sólo conocida por ellas mismas. Cada festivo religioso, cada matrimonio, bautizo, Primera Comunión, Confirmación, o funeral en la familia trae el problema a primer plano, y ninguna solución parece posible.

Profundamente arrepentidas por lo que han hecho, pueden haber renunciado a la esperanza de alguna vez encontrar el perdón y lograr la salvación eterna.

Para todas estas mujeres, la "buena noticia" – que la iglesia Católica perdona el aborto, y que el Papa está dirigiéndose a ellas con una invitación a "volver a casa" y ser reconciliadas con Dios y regresar a una completa comunión con sus compañeros Católicos – ¡es verdaderamente asombrosa! La pena de la excomunión, si es que ha sido contraída, *puede* y será levantada. Anuncios de Project Rachel – un programa de alcance para mujeres y hombres que han sufrido la tragedia del aborto, que se encuentra ahora disponible en más de 100 diócesis americanas – son recortados y guardados hasta que la mujer logra armarse del coraje para realizar la llamada anónima que las pondrá en contacto con un sacerdote o un consejero quien las encaminará en su retorno a casa.

Algunas dirán que la culpa que las católicas sienten luego de un aborto es "culpa católica", implicando que si la Iglesia no hablara tan duramente en contra del aborto estas mujeres no sufrirían una vida de culpa. Por el contrario, a las católicas, y sólo a ellas, luego de escuchar el pecado del aborto nombrado en toda su fealdad, les es ofrecido el Sacramento de la Reconciliación, en que escuchan a un sacerdote decir, en el nombre de Cristo, "Yo te absuelvo de tus pecados. Ve en paz". No pocas mujeres han llegado a la iglesia Católica para poder participar en la misericordia bondadosa de la Confesión Sacramental.

Lograrán comprender que nada está definitivamente perdido y también podrán pedir perdón a su hijo, que ahora está viviendo en el Señor. (EV, 99)

¡Qué hermosas y consoladoras son estas palabras para una mujer cuyo hijo ha sido destruido por el aborto y que cree que el bebé está perdido para siempre! En su nuevo estado de reconciliación con Dios y la Iglesia ella está también ahora “viviendo en el Señor” y, por tanto, puede comunicarse con su hijo, en Dios, a través de la Comunión de los Santos. El Santo Padre la está invitando a pedirle a su hijo o hija que la perdone, lo que posiblemente ya ha hecho mil veces en su corazón. Ahora, no obstante, por primera vez, tiene la garantía de una real comunicación con su hijo y un eventual reencuentro en el cielo.

Muchas madres de niños abortados han desarrollado imágenes mentales de sus hijas e hijos, los han nombrado, y algunas incluso los han visto crecer a través de los años en su imaginación. Ahora tienen la seguridad del Papa de que sus hijos realmente existen y que se encuentran con el Señor. Sus bebés dejaron esta tierra en total inocencia y no pueden ahora estar sufriendo de ninguna manera. Mientras continúan sufriendo el dolor de la pérdida, muchas madres recurren a sus hijos como intercesores ante Dios para grandes y pequeñas necesidades en la vida, para ellas y para otros.

Ayudadas por el consejo y la cercanía de personas amigas y competentes, podréis estar con vuestro doloroso testimonio entre los defensores más elocuentes del derecho de todos a la vida. (EV, 99)

El amor con el que el Santo Padre se dirige a una mujer que ha abortado, y el amor incondicional con que la Iglesia y la comunidad pro-vida la rodean, puede ser su primera experiencia de verdadera caridad cristiana. Si su vida lastimada es tan profundamente valorada y querida, ella puede comenzar a percibirse a sí misma como poseedora de dignidad y valía como persona. Ella llega a entender que cada ser humano tiene la misma dignidad y valía – todos y cada uno ha sido comprado con la sangre de Jesucristo.

Su profundo sufrimiento le ha enseñado que el aborto *no* es una solución al problema de un embarazo inoportuno, sino una transformación de un problema transitorio a una tragedia potencialmente de por vida. Algunas mujeres que han tenido un aborto – muy pocas -, escogerán hablar de su experiencia dolorosa para ayudar a otras a no cometer el mismo error. Sin embargo, la mayoría de las mujeres de niños abortados, defenderán el derecho de cada uno a la vida de manera silenciosa y efectiva, orando y trabajando discretamente, apoyando esfuerzos pro-vida y aconsejando a los que se lo piden, entregando soluciones a los muchos problemas que amenazan la vida en nuestra sociedad.

Por medio de vuestro compromiso por la vida, coronado eventualmente con el nacimiento de nuevas criaturas y expresado con la acogida y la atención hacia quien está más necesitado de cercanía, seréis artífices de un nuevo modo de mirar la vida del hombre. (EV, 99)

A través del tiempo, las mujeres que han abortado y cuyas heridas han sanado, pueden ampliar su bondadosa preocupación por la vida para abarcar a todos los que tienen la necesidad de que alguien esté cerca de ellos. Serán capaces de tomar el desafío del Santo Padre de:

En el cambio cultural en favor de la vida... les corresponde ser promotoras de un « nuevo feminismo »... Así, la mujer percibe y enseña que las relaciones humanas son auténticas si se abren a la acogida de la otra persona, reconocida y amada por la dignidad que tiene por el hecho de ser persona y no de otros factores, como la utilidad, la fuerza, la

inteligencia, la belleza o la salud. Esta [dice el Santo Padre] es la aportación fundamental que la Iglesia y la humanidad esperan de las mujeres. Y es la premisa insustituible para un auténtico cambio cultural. (EV, 99)

En el cierre del *Evangelio de la Vida*, el Papa Juan Pablo II confía la causa de la vida a María, llamándola “señal de esperanza cierta y de consuelo”, “aurora del mundo nuevo”, y “Madre de los vivientes”. Le pide “mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer”, y le implora que el Evangelio de la Vida sea proclamado, aceptado, celebrado y testimoniado “para construir, junto con todos los hombres de buena voluntad, la civilización de la verdad y del amor, para alabanza y gloria de Dios Creador y amante de la vida” (EV, 105). Que cada uno de nosotros haga de esta plegaria la propia.



Rachel's Vineyard Ministries

808 N. Henderson Rd.

King of Prussia, PA 19406

610-354-0555—1-877-HOPE-4-ME